

W.E.

03

72

LA VENTA

LOS

NIÑOS

PQ6603

.E6

N55

05993

A. C.



1020027549

LOS NIÑOS

Biblioteca "ANTOLOGÍAS,"

Las páginas más notables y más sentidas de los escritores más gloriosos, seleccionadas por ellos mismos. Volúmenes elegantemente editados, con portada a todo color, originales de celebrados artistas.

Precio de cada ejemplar: 2 pesetas.

Vol. I.—Mis mejores escenas,
por Jacinto Benavente.

Vol. II.—Mis mejores versos,
por Francisco Villalpessa.

Vol. III.—Mis escenas favoritas,
por Manuel Linares Rivas.

(Fuera de serie).—Los niños,
por Jacinto Benavente.

JACINTO BENAVENTE

≡LOS NIÑOS≡



(FUERA DE SERIE)



EDITORIAL HESPERIA

Calle del Rfo, 24.
MADRID
1917

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
85993

33157

PQ 6603

.86

NSS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de Cándido Alonso y C.^a—Ronda de Atocha, 15.—MADRID.

A MODO DE PRÓLOGO ⁽¹⁾

(1) Leído en una fiesta de Caridad del Hotel Ritz y hasta ahora no publicado.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Desde muy niño aprendí a amar y a compadecer a los niños.

Mi padre, el primero que en España cultivó como especialidad la Patología infantil, era médico de la Inclusa.

Yo oía hablar de la Inclusa como de un lugar en que había muchos niños, cuidados por hermanas de la Caridad, asistidos por mi padre. A mí me parecía que aquellos niños eran muy felices y que no podían morirse. ¡Los cuidaba mi padre!

Y sólo los que le conocieran y le vieran a la cabecera de un enfermo pueden saber lo que es un médico que es a la vez artista y sabio y santo.

Unas buenas señoras, amigas de mi madre, manifestaron un día su deseo de visitar la Inclusa. La visita quedó acordada. Yo era el acompañante obligado de mi madre. Fuimos, pues, a visitar la Inclusa, mi madre con sus amigas, las buenas señoras, y yo con ellas.

Vi unas salas muy grandes, muy blancas, con muchas camas, blancas también, y en ellas, niños, muchos niños; unos, dormían con los puños de rosa apretados contra los carrillos; otros, lloraban; unos estaban muy colorados; otros, muy pálidos... Entre las camas iban y venían las hermanas con su toca y sus delantales blancos.

Mi madre y sus buenas amigas lloraban. Por sus conversaciones, por su indignación y su lástima, iba yo dándome cuenta de lo que aquel lugar significaba. Aquellos niños no tenían madre ni padre. Aquellos niños ha-

bían entrado allí por un torno que había en la calle... Aquellos niños, cuando fueran mayores, irían: las niñas, al Colegio de la Paz; los niños, al Hospicio. La suerte de las niñas no me inquietaba tanto. El Colegio de la Paz estaba allí cerca; también había en él hermanas de aquellas buenas y cariñosas y también visitaba allí mi padre.

Pero ¡los niños! ¡El Hospicio! El Hospicio ya me parecía horrible. Yo recordaba que era la amenaza cuando éramos malos. ¡A este niño habrá que llevarle al Hospicio!

Salí muy serio de la visita y aquella noche soñé mucho con las camas blancas, con sus hileras de camas... Y he pensado después toda mi vida... Y no son sólo los niños de la Inclusa ni los niños pobres los únicos desgraciados. También oía yo contar historias.

Una señora de la aristocracia se vestía para ir a un baile. El aya de sus

hijos, una inglesa muy inteligente, muy práctica en cuidar niños, entró a decirle, muy alarmada, que la niña pequeña, en cama con un resfriado, presentaba síntomas alarmantes de difteria; que convendría avisar a mi padre, que era el médico de la casa. Entonces la difteria era una enfermedad terrible. Sólo acudiendo a tiempo podía curarse.

La señora daba los últimos toques a su atavío, y reprendió al aya. «Serán exageraciones de usted. No diga nada a nadie ni avise al médico.» Y se fué al baile.

A la mañana siguiente, la niña se había agravado, y cuando avisaron a mi padre ya no tenía remedio. ¿Cómo se han descuidado ustedes? Ha sido un descuido. ¿No notaron ustedes algún síntoma?

Cuando murió la niña, el aya se presentó a mi padre muy afligida a de-

cirle que ella había avisado a la señora y la señora le había prohibido que le llamaran. ¡Tenía que ir a un baile!

Ya véis que los niños pobres no son los más desgraciados.

Y ya veis que estas y otras historias que pudiera referiros han de darme derecho a ser pesimista, pero yo, hijo del que trabajó y luchó por los niños, ¡triste es decirlo, hasta contra los mismos padres!, no tengo derecho o ser pesimista cuando de luchar por los niños se trata.

Yo comprendo que el egoísmo tenga buenas razones para todo. Por egoísmo puede llegarse al desamparo de los viejos, de los que ya nada puede esperarse. Feroz egoísmo sería pero sería lógico como egoísmo. Pero el propio egoísmo, si no hubiera mejores razones, nos obliga a no atentar contra la infancia, contra la vida en flor, contra el porvenir, que es atentar con-

tra la misma vida. Ya no es por compasión, ni por bondad, ni por justicia, es por egoísmo por lo que debemos atender a los niños, atender a mejorar la raza física y espiritualmente.

Trabajemos todos por ellos, cada uno en nuestro puesto. No todos fuimos elegidos para empresas gloriosas, pero todos podemos hacer una obra buena.

La verdadera grandeza de alma está en el amor que ponemos en nuestra obra, Hay que ser heroicos en lo humilde, humildes en lo heroico.

Mujeres, vosotras que ponéis la voluntad en el corazón, que es la más fuerte voluntad; que si en el hombre dice, imperiosa: quiero; en la mujer dice, suplicante: ¡amo!, y al amor se rinden las voluntades, trabajad sin descanso por el bien de los niños desgraciados; no consintáis esa vergüenza de los niños mendigos, los niños gol-

fos, los niños que duermen sobre las piedras de la calle, los niños que van criando a golpes y a crueldades una fiera acosada, que puede ser el criminal vengativo de mañana; que el niño, como dijo un poeta, es el padre del hombre. Amad a los niños como los amó Jesús, y como Él, acercadlos a vuestro corazón; que el amor a los niños es de tan divina esencia, que es el único que satisface sin ser correspondido; es como el amor de Dios a las criaturas pecadoras; por eso es el que más a Dios nos acerca.

Siempre habrá pobres entre vosotros, dijo Jesús; y siempre habrá niños pobres, pero que no podamos decir de ellos, ¡pobres niños! Y que ellos no puedan preguntarse como Segismundo: ¿Qué delito cometí contra vosotros naciendo? Y menos, comprender que el delito mayor del hombre es haber nacido.